

DE BUENAS LETRAS

Vivir y contar

JOSÉ ROMERA CASTILLO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Vivir para contarla'. Así titulaba sus memorias Gabriel García Márquez, recientemente fallecido. Vivir y contar. Contar y escribir. La experiencia vivida va formando la identidad del ser. Vivir es recordar. El recuerdo es memoria. La memoria va unida a la escritura. El mito platónico de Theuth y Thamus del 'Fedro' una vez más redivivo. Ser es, esencialmente, ser memoria. Y la escritura es, a su vez, la memoria de la cultura; el mejor fármaco para curar la memoria de su frágil temporalidad, según Emilio Lledó. Todos hacemos, nos dice el poeta, camino al andar. Hombre y vida constituyen un binomio tan inseparable que, cual el haz y el envés de un hoja, no pueden desvincularse el uno del otro. Como decía Montaigne, «soy yo mismo la materia de mi libro».

La escritura autobiográfica, tan practicada en nuestros días, constituye un discurso 'intimista'. La configuración del término ('auto-bios-graphia') nos da una sencilla definición: escribir la vida de uno por uno mismo. Aunque hoy entendemos por esta tipología –sintetizando mucho– la que lleva dos marcas diferenciadoras: una, la identidad

textual que es preciso que se dé entre el autor, el narrador y el personaje dentro de una misma obra; y otra, el pacto de lectura que es necesario establecer entre el autor y el destinatario.

El relato del 'yo' en la escritura, aunque en su estructura profunda haya siempre un ejercicio autorreferencial, no es un todo compacto, sino que tanto por sus aspectos temáticos como por sus formas estilísticas constituye un frondoso árbol con varias ramificaciones. Unas químicamente puras y otras fronterizas con otros géneros. Por ello, yo prefiero llamar a este espacio el de 'lo autobiográfico'.

Los espacios dentro del mismo serían varios. Las 'autobiografías' y las 'memorias': las primeras, se centran en la vida, fundamentalmente, del autor; mientras que las segundas lo hacen en los contextos en los que esta se desarrolla. Los 'diarios': en los que se plasma, día a día, las anotaciones del quehacer cotidiano y donde el emisor se convierte en emisor y receptor a la vez, en primera instancia. Los 'epistolarios': comunicación personal, escrita y a distancia, con un destinatario concreto, aunque hoy van siendo sustituidos por el correo

electrónico (el de García Lorca es un caso ejemplar). Y los 'autorretratos': donde el emisor se pinta a sí mismo (como por ejemplo hizo Cervantes en el prólogo de las 'Novelas ejemplares'). Dejamos aparte la autoficción –tan practicada por las novelistas de hoy, por ejemplo– y otras modalidades afines (libros de viajes, sobre todo), que poseen rasgos propios. A este tipo de escritura, en el centro de investigación (SELITEN@T), que dirijo desde 1991, hemos prestado bastante atención –como puede verse en nuestra web: <http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12476280980181621332679/035521.pdf?incr=1->.

Aunque esta modalidad de escritura no haya sido practicada con tantos frutos como en el ámbito anglosajón o francés, sin embargo también hemos tenido destacados cultivadores, en tiempos pasados, como el Arcipreste de Hita, Santa Teresa de Jesús o Diego Torres de Villarroel. Pero ha sido, después de la muerte de Franco (1975), cuando abolida la censura todo el mundo se puso a escribir sus memorias, como decía el querido y admirado paisano Francisco Ayala. Como en el cine, hubo un 'destape' de interioridades, patrocinado, claro está, por el mundo mercantil de las editoriales que encontraron un buen caladero para sus intereses. No puedo dar ahora un listado de sus cultivadores (que, por otra parte, puede encontrarse en mi libro 'De primera mano'). Lo que es cierto es que esta modalidad de escritura goza del favor del público. Por el conocimiento de intimidades y por buscar un 'espejo' en el que reflejarse. Como decía Luis Cernuda: «Recuérdalo tú y recuérdalo a otros».